

### “Historia de una hora<sup>1</sup>”

Kate Chopin

Sabiendo que a la Sra. Mallard le afligía un problema cardíaco, se tuvo gran cuidado en darle, lo más suavemente posible, la noticia de la muerte de su marido.

Fue su hermana Josephine que se lo dijo, en oraciones cortadas; veladas insinuaciones que al ocultar a medias resultaban reveladoras. Richards, el amigo de su esposo, estaba allí también, cerca de ella. Fue él quien había concurrido a la oficina del diario en el momento en que se recibía la noticia del desastre ferroviario con el nombre Brently Mallard encabezando la lista de ‘víctimas fatales’. Se había tomado el tiempo justo para asegurarse de su verdad mediante un segundo telegrama, y había corrido a prevenir que cualquier otro amigo, menos cuidadoso y menos amable, fuera el portador del triste mensaje.

Ella no escuchó la noticia, como muchas mujeres la han oído, con una incapacidad paralizada de aceptar su significado. Lloró inmediatamente, con un abandono repentino y salvaje, en los brazos de su hermana. Cuando la tormenta de pena se hubo consumido en sí misma volvió a su habitación sola. No quiso que nadie la siguiera.

Allí, frente a la ventana abierta, había un sillón amplio y confortable. Se hundió en él, presionada por un cansancio físico que asediaba su cuerpo y pareció alcanzar su alma.

Podía ver en la plaza abierta ante su casa las copas de los árboles que estaban todas temblorosas con nueva vida primaveral. El aliento delicioso de la lluvia estaba en el aire. En la calle debajo, un vendedor ambulante gritaba sus productos. Las notas de una canción distante que alguien estaba cantando llegaron a ella débilmente, y un sinnúmero de gorriones gorjeaba en los aleros.

Había manchas de cielo azul apareciendo aquí y allá a través de las nubes que se habían encontrado y apilado una sobre la otra hacia el oeste frente a su ventana.

Se sentó con la cabeza recostada en un almohadón de la silla, casi inmóvil, excepto cuando un sollozo subía por su garganta y la sacudía, como un niño que ha llorado hasta dormirse sigue sollozando en sus sueños.

Era joven, con un rostro pálido y calmo, cuyas líneas hablaban de contención y incluso de cierta fortaleza. Pero ahora había una mirada neutra en sus ojos, cuya atención estaba fija a lo lejos en una de esas manchas de cielo azul. No era la mirada de la reflexión, sino más bien indicaba la suspensión del pensamiento inteligente.

Algo estaba por ocurrirle y ella lo esperaba, con intensidad. ¿Qué era? No lo sabía: era demasiado sutil y elusivo para ser nombrado. Pero lo sentía, escurriéndose del cielo, alcanzándola a través de los sonidos, los olores, el color que colmaban el aire.

Ahora su pecho se elevó y se hundió tumultuosamente. Comenzaba a reconocer eso que se estaba acercando para apropiarse de ella, y luchaba por ponerlo en retirada con su voluntad, tan indefensa como sus dos delgadas manos lo habrían sido.

Cuando se abandonó a sí misma una pequeña palabra murmurada se escapó de sus labios levemente separados. Lo dijo una y otra vez en voz baja: “¡Libre, libre, libre!”. Aquella vacía mirada fija y la de terror que le había seguido pasaron por sus ojos. Permanecieron penetrantes y brillosos. El ritmo de su pulso se aceleró, y la sangre que corría entibió y relajó cada pulgada de su cuerpo.

---

<sup>1</sup> Traducción de Gabriel Matelo para uso interno de la cátedra de Literatura Norteamericana, Depto de Letras, FaHCE, UNLP.

## Literatura Norteamericana

No se detuvo a preguntar si era o no una alegría monstruosa la que la poseía. Una percepción clara y exaltada le permitió desdeñar esa sugerencia como algo trivial.

Sabía que lloraría de nuevo cuando viera las manos amables y tiernas dobladas en el gesto de la muerte; el rostro que nunca la había mirado sino con amor, fijo y gris y muerto. Pero vio más allá de ese momento amargo una procesión de años por venir que le pertenecerían absolutamente. Y ella les abrió y extendió sus brazos en bienvenida.

No habría nadie por quien vivir durante esos años; viviría para ella misma. No habría ninguna voluntad poderosa doblegando la suya en esa ciega persistencia con la cual los hombres y las mujeres creen que tienen el derecho de imponer su voluntad personal sobre sus prójimos. Mientras lo contemplaba en ese breve momento de iluminación, la intención amable o la intención cruel no hacían que el acto pareciera menos criminal.

Y sin embargo lo había amado, a veces. A menudo no. ¡Qué importaba! ¡Cómo podría el amor, ese misterio irresuelto, ser tenido en cuenta frente a esta posesión de sus derechos que ella de repente reconocía como el impulso más fuerte de su ser!

“¡Libre! ¡Libre en cuerpo y alma!” se la pasaba susurrando.

Josephine estaba arrodillada ante la puerta cerrada con sus labios en la cerradura, implorando ser admitida. “¡Louise, abre la puerta! Te lo ruego, abre la puerta, te va a hacer daño. ¿Qué estás haciendo? Por amor del cielo abre la puerta”

“Vete. No me estoy haciendo daño.” No; estaba bebiendo el elixir propio de la vida a través de la ventana abierta.

Su fantasía corría tumultuosa a través de esos días por delante. Días de primavera, y días de verano, y todo tipo de días que serían suyos propios. Exhaló una rápida plegaria por que la vida fuera larga. Tan solo ayer había pensado con estremecimiento en que la vida podría llegar a ser larga.

Finalmente se levantó y abrió la puerta a la porfía de su hermana. Había una afiebrado triunfo en sus ojos, y tenía el porte sin saberlo de una diosa de la Victoria. Abrazó la cintura de su hermana, y juntas descendieron las escaleras. Richards permanecía esperándolas al pie.

Alguien estaba abriendo la puerta delantera con una llave. Era Brently Mallard quien entraba, un poco polvoriento del viaje, sosteniendo con compostura su portafolios y su paraguas. Había estado lejos de la escena del accidente, y ni siquiera sabía que había ocurrido algo. Se quedó atónito ante el agudo grito de Josephine; ante el rápido movimiento que hizo Richards para ocultarlo de la vista de su esposa.

Pero Richards llegó demasiado tarde.

Cuando los doctores llegaron dijeron que había muerto de un mal cardíaco: la dicha que mata.

### “The Story of an Hour”

Knowing that Mrs. Mallard was afflicted with a heart trouble, great care was taken to break to her as gently as possible the news of her husband's death.

It was her sister Josephine who told her, in broken sentences; veiled hints that revealed in half concealing. Her husband's friend Richards was there, too, near her. It was he who had been in the newspaper office when intelligence of the railroad disaster was received, with Brently Mallard's name leading the list of "killed." He had only taken the time to assure himself of its truth by a second telegram, and had hastened to forestall any less careful, less tender friend in bearing the sad message.

She did not hear the story as many women have heard the same, with a paralyzed inability to accept its significance. She wept at once, with sudden, wild abandonment, in her sister's arms. When the storm of grief had spent itself she went away to her room alone. She would have no one follow her.

There stood, facing the open window, a comfortable, roomy armchair. Into this she sank, pressed down by a physical exhaustion that haunted her body and seemed to reach into her soul.

She could see in the open square before her house the tops of trees that were all aquiver with the new spring life. The delicious breath of rain was in the air. In the street below a peddler was crying his wares. The notes of a distant song which some one was singing reached her faintly, and countless sparrows were twittering in the eaves.

There were patches of blue sky showing here and there through the clouds that had met and piled one above the other in the west facing her window.

She sat with her head thrown back upon the cushion of the chair, quite motionless, except when a sob came up into her throat and shook her, as a child who has cried itself to sleep continues to sob in its dreams.

She was young, with a fair, calm face, whose lines bespoke repression and even a certain strength. But now there was a dull stare in her eyes, whose gaze was fixed away off yonder on one of those patches of blue sky. It was not a glance of reflection, but rather indicated a suspension of intelligent thought.

There was something coming to her and she was waiting for it, fearfully. What was it? She did not know; it was too subtle and elusive to name. But she felt it, creeping out of the sky, reaching toward her through the sounds, the scents, the color that filled the air.

Now her bosom rose and fell tumultuously. She was beginning to recognize this thing that was approaching to possess her, and she was striving to beat it back with her will—as powerless as her two white slender hands would have been.

When she abandoned herself a little whispered word escaped her slightly parted lips. She said it over and over under her breath: "free, free, free!" The vacant stare and the look of terror that had followed it went from her eyes. They stayed keen and bright. Her pulses beat fast, and the coursing blood warmed and relaxed every inch of her body.

She did not stop to ask if it were or were not a monstrous joy that held her. A clear and exalted perception enabled her to dismiss the suggestion as trivial.

She knew that she would weep again when she saw the kind, tender hands folded in death; the face that had never looked save with love upon her, fixed and gray and dead. But she saw beyond that bitter moment a long procession of years to come that would belong to her absolutely. And she opened and spread her arms out to them in welcome.

## Literatura Norteamericana

There would be no one to live for during those coming years; she would live for herself. There would be no powerful will bending hers in that blind persistence with which men and women believe they have a right to impose a private will upon a fellow-creature. A kind intention or a cruel intention made the act seem no less a crime as she looked upon it in that brief moment of illumination.

And yet she had loved him—sometimes. Often she had not. What did it matter! What could love, the unsolved mystery, count for in face of this possession of self-assertion which she suddenly recognized as the strongest impulse of her being!

"Free! Body and soul free!" she kept whispering.

Josephine was kneeling before the closed door with her lips to the keyhole, imploring for admission. "Louise, open the door! I beg, open the door—you will make yourself ill. What are you doing Louise? For heaven's sake open the door."

"Go away. I am not making myself ill." No; she was drinking in a very elixir of life through that open window.

Her fancy was running riot along those days ahead of her. Spring days, and summer days, and all sorts of days that would be her own. She breathed a quick prayer that life might be long. It was only yesterday she had thought with a shudder that life might be long.

She arose at length and opened the door to her sister's importunities. There was a feverish triumph in her eyes, and she carried herself unwittingly like a goddess of Victory. She clasped her sister's waist, and together they descended the stairs. Richards stood waiting for them at the bottom.

Some one was opening the front door with a latchkey. It was Brently Mallard who entered, a little travel-stained, composedly carrying his grip-sack and umbrella. He had been far from the scene of accident, and did not even know there had been one. He stood amazed at Josephine's piercing cry; at Richards' quick motion to screen him from the view of his wife.

But Richards was too late.

When the doctors came they said she had died of heart disease—of joy that kills.